

CARIDAD, LA PERLA PRECIOSA

PAULINO SAHELICES GONZÁLEZ, OSA

Lo más grande que se ha dicho sobre la caridad es lo que nos dejó escrito el apóstol san Juan: “*Dios es caridad*”. Es la afirmación fuente en la que se inspiran todas las demás: la caridad es el *motivo* de la Encarnación, la *esencia* del Reino de Dios, la *vida* del hombre nuevo, el *distintivo* de los cristianos, el *comienzo* de la vida eterna, el *tesoro* más valioso, etc.

Pero, todo eso se dice también del amor. ¿Serán entonces los dos, la caridad y el amor, una misma cosa?

I. CARIDAD Y AMOR: VOCABULARIO

1. CARIDAD Y AMOR

En la actualidad, los términos “caridad” y “amor” se suelen incluir en una sola exposición. La preferencia de uno u otro, en el título más que en el contenido, depende de cada autor. Así, por citar algunos ejemplos, el “*Nuevo Diccionario de Teología*”, dirigido por G. Barbaglio y S. Dianich (Ediciones Cristiandad, Madrid 1982), se decide por la “Caridad”. También el “*Nuevo Diccionario de Espiritualidad*”, dirigido por Stefano de Fiores – Tullo Goffi (Ediciones Paulinas, Madrid 1983). Sin embargo, el “*Diccionario de conceptos teológicos*” de Peter Eicher (Ed. Herder, Barcelona 1989), prefiere el término “Amor”. Y también el “*Diccionario de San Agustín*”, dirigido por Allan D. Fitzgerald (Editorial Monte Carmelo, Burgos 2001).

Otros autores se manifiestan más abiertamente a favor del amor, como Julián Marías que escribe: “*La palabra clave del cristianismo es amor... El amor es la condición que caracteriza al cristiano, lo que lo identifica y distingue... De las tres palabras griegas que designan el amor, “éros, philía y agápe”, el Nuevo Testamento usa principalmente la última. La Vulgata la traduce por “caritas”, y no habría que objetar, si no fuera porque la palabra “caridad”, en todas las lenguas, ha experimentado cambios semánticos y se ha ido separando de su sentido originario de amor, aunque lo conserve como un fondo o fundamento. Es menester, pues, volver a la voz amor para traducir “agape” (“La perspectiva cristiana”, Alianza Editorial, Madrid 1999, pp. 95-96). Y unos siglos antes, san Francisco de Sales había escrito en el capítulo 14 de su precioso libro *Tratado del amor de Dios*, que “a la caridad debe llamarse amor”.*

A estos testimonios habría que añadir las traducciones modernas de la Biblia; en la mayor parte de ellas se lee “amor”. Un ejemplo: el “*Nuevo Testamento Trilingüe*” (BAC n. 400), el texto más típico, “*Dios es amor*”, (1 Juan 4, 8; 4, 16); en griego se lee “agape”, en latín “caritas” y en español “amor”.

Por la lectura de las exposiciones, se puede concluir que no se trata de elegir entre “caridad” y “amor”, sino más bien, de conservar y de integrar los dos términos, sobre todo su contenido. Esta parece ser la tendencia actual más sobresaliente. Un proceso, sin duda alguna, largo y difícil.

En el esfuerzo por conseguirlo, san Agustín podría servir de gran ayuda, porque como “*Doctor de la Caridad*” y “*Doctor del Amor*”, escribió muchas cosas y muy valiosas utilizando los dos conceptos. Incluso podría servir de guía en la ampliación del vocabulario. En el mundo actual se observa un

redescubrimiento de la riqueza de la fe cristiana; en consecuencia, han ido aumentando también las perspectivas y el vocabulario. Fue lo que san Agustín experimentó en su búsqueda: como los hallazgos eran tan abundantes, había que multiplicar también los términos. Y eso fue lo que hizo, según veremos más adelante. Por todo ello, bien se podía decir que si san Agustín no es actual en este tema, no lo es en ningún otro, porque la caridad y el amor son el fundamento y la vida de todo su pensamiento.

2. VOCABULARIO

Desde hace unas décadas es fácil constatar que la lista de vocablos o términos de nuestro lenguaje ha aumentado considerablemente. Los diccionarios modernos van siendo más voluminosos. Sin embargo, en la gente, especialmente los jóvenes, se nota una corriente a la inversa: la pobreza de vocabulario y sobre todo el desconocimiento de términos que hasta hace poco tiempo eran “clásicos”. También abundan los casos en que los que hablan usan las mismas palabras, pero con distintos significados. Cuando estaba redactando esta página, pude leer en una entrevista hecha al filósofo Gustavo Bueno: *“El primer anarquista fue san Agustín”* (“El Mundo / La Crónica de León”, 4-4-2003). Abrí el *“Diccionario de términos filosóficos”* para ver si la palabra “anarquista” tenía otros significados que yo ignorase, y no. En él se lee lo siguiente: *“El anarquismo es la doctrina política que condena la autoridad del Estado y propicia el valor del individuo. Su lema es: Ni Dios, ni amo”*. Según esta explicación, ¿cómo se puede decir de san Agustín tal barbaridad? Por eso, en muchas ocasiones, hoy día, es necesario comenzar por esclarecer los términos.

2. 1 EN EL NUEVO TESTAMENTO

En la lengua griega, la del Nuevo Testamento que es la fuente principal de la doctrina agustiniana, existen tres sustantivos con sus correspondientes verbos:

- “*éros*” (verbo “*éran*”): se refiere al amor deseo; pero no sólo en sentido sexual, sino de todo aquello que es digno de ser poseído. De ahí viene el adjetivo “erótico”.

- “*phília*” (verbo “*philein*”): se refiere al amor de amistad. Aparece con frecuencia en el Nuevo Testamento, sobre todo en san Juan. Por ejemplo, en el episodio de la resurrección de Lázaro: *“Señor, aquel a quien amas está enfermo”* (Juan 11, 3); *“a vosotros os llamo amigos”* (Juan 15, 15). De este término viene filantropía, filántropo, etc.

- “*agape*” (verbo “*agapán*”): expresa un amor de benevolencia; amor gratuito que no espera nada a cambio. Jesús lo usa mucho. Por ejemplo: *“No hay amor (“agapen”) más grande que dar la vida por los amigos (“philous”)* (Juan 15, 13). Lo ideal sería que cada término pudiera ser traducido literalmente. Pero, sobre todo, hay dos textos que es necesario tenerlos en cuenta. Uno es *“Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?”* (Juan 21, 15-17); un texto que le gustaba mucho repetir al Obispo de Hipona. En la primera y segunda pregunta Jesús usa el verbo “*agapán*”, respondiendo Pedro con el verbo “*philein*”. Pero en la tercera, Jesús usa “*philein*”; por eso Pedro

sintiéndose un poco confundido, responde: “Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te amo” (“philo”).

El otro es el mandamiento de amar a los enemigos y que también san Agustín repite mucho. Jesús usa el verbo “agapán”: “Amad a vuestros enemigos” (Mateo 5, 44). Si hubiera usado el verbo “philein”, hubiera sido un verdadero problema, porque en esta clase de amor estaría incluido el sentimiento, el afecto. En muchos casos sería imposible cumplirlo. El mismo Jesús lo da a entender cuando añade: “rogad por los que os persiguen”. En otras palabras, que este amor comprende: el perdón, la ayuda (cf. Romanos 12, 20-21), la oración, etc. San Agustín lo supo interpretar bien cuando insiste en que al enemigo hay que amarle *para que* sea hermano: “En el enemigo no amas lo que es, sino lo que quieres que sea” (*Tratado sobre la Primera Carta de San Juan* 8, 10). Nada hay más admirable pero tampoco más difícil que el mandamiento de amar a los enemigos (*Comentarios a los Salmos* 118, 9, 3)

2. 2 EN SAN AGUSTÍN

En la lengua latina, la que hablaba y en la que escribía san Agustín, existen también tres sustantivos, pero sólo el verbo correspondiente a dos de ellos: “caritas” (no tiene verbo), “dilectio” (verbo “diligere”) y “amor” (verbo “amare”). El significado de cada uno es muy variado. Como regla general se puede seguir la que señala el “Diccionario de san Agustín”, citado anteriormente. En la palabra “Amor”, comienza con esta afirmación: “Agustín no establece una diferencia esencial entre las tres palabras latinas “amor”, “caritas” y “dilectio”. Las tres pueden expresar algo bueno o algo malo, según el objeto que se ame”.

Llama la atención las muchas veces que aparecen en sus escritos. Según el “Augustinus – Lexicon”, el sustantivo “caridad” aparece 4689 veces, “dilección” 1559 y “amor” 1308; el verbo “diligere” 4833 veces, y “amare” 3783.

Pero como el tema es tan rico en sus escritos, abundan también otros términos que, generalmente, tienen el mismo o parecido significado: corazón, afecto, deseo, suspiro, anhelo, búsqueda, entrega, cercanía, presencia, misterio, etc. Y verbos como: suspirar, buscar, desear, atraer, tender, ansiar, mirar, saetear, hervir, etc. Adonde Agustín pretende llegar, al servirse de tantos términos, ejemplos y comparaciones, es a conocer mejor la relación de intimidad entre Dios y el hombre y entre el mismo Agustín y las demás personas.

2. 3 EN LA ACTUALIDAD

En la lengua castellana, existen también tres sustantivos (“amor”, “dilección” y “caridad”), pero sólo un verbo, que es “amar”. Esto quiere decir que cuando en nuestra conversación o escritura usamos sustantivos, adjetivos o adverbios, se puede percibir la diferencia. No así cuando utilizamos el verbo, que es el mismo para los tres. Esta condición ha influido sin duda alguna en la devaluación de la “caridad” y en la preferencia del “amor”. Y también en la utilización de otros términos, muy repetidos hoy día: acogida, inserción, compartir, solidaridad, fraternidad, hospitalidad, etc. Por eso, quizá fuese más acertado hablar de recuperar el amor con el sentido de caridad.

II. DEVALUACIÓN

De la caridad y del amor se han dicho y escrito muchas cosas. Por ejemplo, de la caridad algunos autores han afirmado que *“se ha perdido”*. Sin llegar a tal extremo, casi todos los escritores reconocen que no sólo la caridad, sino también el amor ha experimentado una considerable devaluación. Valga la cita de algunos:

“El tratado de la caridad siempre ha sido el más pobre en la teología” (Joseph Comblin, “La misión del Espíritu Santo”, *Selecciones de Teología*, 62 (1977), p. 125). Efectivamente, los tratados antiguos sobre la caridad (y la gracia) se quedaban generalmente en temas especulativos. Apenas descendían a la vida. Fue, sin duda, un desvío del pensamiento agustiniano; en él la caridad y la gracia caminan juntas. “Dame un corazón que ame y sentirá lo que digo” (*Tratado sobre la Primera Carta de San Juan* 26, 4). Preséntame uno que en todo se deje guiar por la gracia, y entenderá lo que digo (*Comentarios a los Salmos* 144, 10).

Pierre Gaune habla de una *“espantosa degradación de la noción de caridad”* en el último siglo (*La creación: una dependencia para la libertad*. Col. Alcance 11, Ed. Sal Terrae, Santander 1980, p. 121).

La devaluación ha sido tan notoria que hasta algunos periodistas han dado la voz de alarma. Por ejemplo, Francisco Nieva en una magnífica publicación con el título *“Caridad”* en la tercera de ABC (23 de agosto de 1998). Y casi un mes después (ABC, 19 de septiembre), Leopoldo Azancot ponía el dedo en la llaga, señalando el *“nihilismo vergonzante que en la actualidad todo lo invade, y que tiene su manifestación más engañosa en ese relativismo moral que se presenta como una forma laica de la caridad cristiana”*.

Y no sólo la caridad. También el “amor” ha sido devaluado; y desde hace más tiempo:

En el año 1926, Ortega y Gasset comenzaba una de sus reflexiones con esta breve y tajante afirmación: *“El amor está en baja”* (*Estudios sobre el amor*, Alianza Ed. 9ª ed., Madrid 1998, p. 164). Y en otro ensayo del mismo año, escribía: *“Desde hace dos siglos se habla mucho de amores y poco del amor”* (*Id.* p. 14).

“Amor es en todas las lenguas la palabra que ha sido deformada y profanada más veces, la que ha servido más veces de tapadera para los asuntos más sospechosos. Se ha devaluado la palabra más bella y más noble. Se ha convertido en la máscara de todo y de cualquier cosa” (Phil Bosmans, *“Las 7 columnas del alma”*, Ediciones 29, Barcelona 1998, p. 81).

Y la cadena no termina ahí. La caridad y el amor han arrastrado a otros términos, muy unidos todos ellos en la práctica de la fe. Por ejemplo el de “gracia”:

En un amplio estudio titulado *“Desarrollo histórico de la doctrina de la gracia”*, escribe Piet Fransen: *“La eliminación de la “experiencia de la gracia”, es, a nuestro juicio, la razón más profunda de la decadencia teológica en la que hemos caído en Occidente”* (*Mysterium Salutis*, IV, 2, p. 704). Y a continuación especifica las áreas en que las consecuencias han sido más notables: una apologética racional, una espiritualidad individualista, un modelo piramidal de Iglesia, una teología abstracta, una pastoral sacramentalista, juridismo, etc., etc.

Y Peter Eicher, autor del conocido *Diccionario de conceptos teológicos*, escribe: *“En la Iglesia apenas se habla públicamente sobre la gracia”* (o. c. I, p. 460).

Otro concepto unido a los anteriores y devaluado también en la actualidad, es el de “misericordia”. Lo ha hecho notar Juan Pablo II en una de sus primeras encíclicas. Escribe el Papa: *“La mentalidad contemporánea, quizás en mayor medida que la del hombre del pasado, parece oponerse al Dios de la misericordia y tiende además a orillar de la vida y arrancar del corazón humano la idea misma de la misericordia. La palabra y el concepto de “misericordia” parecen producir una cierta desazón en el hombre, quien, gracias a los adelantos tan enormes de la ciencia y de la técnica, como nunca fueron conocidos antes en la historia, se ha hecho dueño y ha dominado la tierra mucho más que en el pasado. Tal dominio sobre la tierra, entendido tal vez unilateral y superficialmente, parece no dejar espacio a la misericordia”* (*Dios rico en misericordia* 2). En el número siguiente habla de la relación del concepto “misericordia” con el de “amor”.

Y la cadena no termina aquí. También han corrido la misma suerte otros conceptos. Por ejemplo, el de “alegría”. Los cristianos de hoy no sobresalimos mucho en alegría. ¡Nada de extrañar! ya que, alegría, gracia y caridad (*charitas*) tienen la misma raíz. Esto quiere decir que se encuentran siempre juntas. *“La caridad no existe sin la alegría”* (*Comentarios a los Salmos* 76, 6). En el prefacio de Pascua, el celebrante proclama que *“el mundo entero se desborda de alegría”*. ¡Ojalá fuera realidad más que ideal!

Y ya que hemos entrado en el campo de la Liturgia, estaría bien recordar que otro de los conceptos devaluados es la “celebración” litúrgica. Es por su unión con el amor. Dios, –dice Agustín– no acepta las ofrendas hechas sin amor (*Tratado sobre la Primera Carta de San Juan* 5, 8). Escribe Juan Antonio Gracia: *“Muchos cristianos no oran, otros muy poco... Oran poco como pueblo, y por eso su vida cristiana es débil. Una gran muchedumbre asiste todavía a las celebraciones litúrgicas, pero sin participar”*. Y refiriéndose a los sacerdotes, añade: *“La mentalidad “validista” de muchos sacerdotes y fieles ha producido un mal incalculable al progreso de la pastoral litúrgica. Este es un defecto de una formación moralizante que se queda en la periferia del misterio... El “validismo” desprecia el valor de los signos y roza los límites de la magia...”* (“Comentario a la constitución sobre la Sagrada Liturgia”, BAC, n. 238). Y más recientemente escribe Julián Marías: *“Es increíble el grado en que se ha perdido el sentido de la palabra “adoración”, en que no se tiene en cuenta la posible deificación del hombre...”* (o. c., p. 112).

Como consecuencia de esta devaluación de valores tan fundamentales, ha nacido la tendencia a rebajar las exigencias de la vida cristiana y la gravedad del pecado, y hasta negar su existencia. En la sociedad actual se está consolidando cada día más una cultura dominada por el relativismo moral, el consumismo, el placer, etc.

Entre las muchas causas de esta devaluación, se podrían señalar dos:

La primera sería el olvido de la fuente, que es **Dios – Amor, Dios – Trinidad**. Los cristianos olvidamos que en lo más profundo de nuestro ser y de nuestro obrar, está Dios: *“Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti”* (*Confesiones* 1, 1, 1); está *“la sublime belleza de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo”* (*La vida consagrada* 16). Particularmente, los religiosos olvidamos que la vida consagrada es *“una de las*

huellas concretas que la Trinidad deja en la historia, para que los hombres puedan descubrir el atractivo y la nostalgia de la belleza divina” (id. 20); y que tenemos que reflejar el “esplendor del amor” (Id. 24).

Olvidamos la raíz, que es Cristo. “Mi origen es Cristo, mi raíz es Cristo, mi cabeza es Cristo” (*Réplica a las cartas de Petiliano* 1, 7, 8), que es el “amor visible”. Y también la Iglesia que Él estableció como “comunidad de fe, de esperanza y de caridad” (*Constitución dogmática sobre la Iglesia* 8). Es decir, que si flaqueamos en la caridad, lo haremos también en la gracia, la fe, la esperanza, la Iglesia, Cristo, Dios. En otras palabras, que en el fondo está un concepto devaluado de Dios. Tendríamos que comenzar preguntándonos quién es y cómo es el Dios en quien creemos.

La segunda causa es más “preocupante”, por las consecuencias notoriamente visibles. En nuestro mundo lo que impera es la técnica, lo inmediato, lo práctico, la efectividad, lo visible, etc. Son muchos los que hoy día ensalzan tanto al hombre que parecen no necesitar nada de nadie. Como escribe Joseph Comblin, refiriéndose a la gracia: “les parece un concepto en contraposición con la dignidad humana”. Así ocurre también con la misericordia y la oración. Lo cual quiere decir que si tenemos un concepto de hombre (antropología) en el sentido de autosuficiencia, alguien que puede solucionarlo todo por sí mismo, los conceptos de gracia, caridad, misericordia, oración, etc. tenderán a perder valor e incluso a desaparecer. En contraposición, comenzarán a sobresalir los de libertad, individualismo, placer, mínimo esfuerzo, etc. Por eso, “como cristianos, no podemos contribuir a la devaluación de esta palabra (caridad), porque está en juego la autenticidad de nuestra fe” (Mons. Joseph Duval, Arzobispo de Rouen).

PARA EL DIÁLOGO

- Una de las cosas que san Agustín repite en el *Tratado sobre la primera Carta de san Juan* es que el apóstol encarece la caridad. ¿Por qué nosotros la hemos devaluado hasta convertirla en limosna?
- ¿El déficit de amor de nuestro mundo está en relación con el número de problemas?
- ¿De los obstáculos que encuentra la caridad, ¿cuáles son los más difíciles de superar?
- ¿La renovación litúrgica que se ha hecho nos ayuda a amar más a Dios y al prójimo? ¿La gente participa más en las celebraciones o sigue, por rutina, con las prácticas devocionales?

III. RECUPERAR LA CARIDAD

Paul Ricoeur describe la sociedad moderna como una sociedad de producción y consumo; una sociedad en la que, mientras por una parte crece el dominio del hombre sobre los medios, por otra se van oscureciendo cada vez más los fines. Una famosa escritora afirmaba en una entrevista: “*El consumo es la única religión de Estados Unidos*” (“El País”, 20-04-2003). Es, sin lugar a dudas, una consecuencia de la devaluación y del olvido de la caridad en su sentido original. La caridad nos invita a mirar al fundamento, al origen, porque

viene de Dios; y también al futuro, al fin, porque nos conduce a Dios. Sin ella, nos perderíamos en las cosas.

Por eso, son también muchas las voces que hoy día claman por la recuperación de la caridad. En este sentido, el concilio Vaticano II, sin ir más lejos, dio un respaldo claro y sin rodeos a esta corriente. Afirma entre otras cosas: *“Dios habla a los hombres como amigo, movido por su gran amor (“caridad”) y mora con ellos para invitarlos a la comunicación consigo y recibirlos en su compañía”* (Constitución sobre la divina revelación 2). En el número anterior, recuerda, con palabras de san Agustín, el propósito de exponer la doctrina sobre la divina revelación y sobre su transmisión: *“para que todo el mundo, oyendo, crea el anuncio de la salvación, creyendo, espere, y esperando, ame”*. El objetivo último: el amor. Y en otro documento se lee: *“El amor (“dilectio”) de Dios y del prójimo es el primero y mayor mandamiento. La Sagrada Escritura nos enseña que el amor (“amorem”) de Dios no puede separarse del amor del prójimo”* (Constitución sobre la Iglesia en el mundo actual 24). *“La ley fundamental de la perfección humana, y por tanto, de la transformación del mundo, es el mandamiento nuevo del amor”* (Id. 38). Y en el “Mensaje de los Padres del Concilio”: *“Por la caridad el reino de Dios brilla ya como prenda del reino eterno”*.

Estas ideas se encuentran en los escritos de Pablo VI. De entre sus muchos discursos habría que destacar el que pronunció en la apertura de la cuarta sesión del Vaticano II, el 10 de septiembre de 1965. La idea principal es la caridad y el amor. Como si el Papa hubiera querido aplicar a los documentos del Concilio la “letanía” de san Pablo sobre el amor (“caridad”): *“Ya podría yo hablar las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo amor...”* (1 Corintios 13, 1s.). José María Cabodevilla, recientemente fallecido, anotaba en su “Diario”: *“Gran sermón el de hoy. Quien no supiera ni pizca de latín, se dio cuenta al menos de la casi fatigosa monotonía, de la repetición incesante de dos palabras: “caridad”, “amor”. Nunca el Papa Montini, tan cuidadoso de su oratoria, tan matizado y pulcro, estuvo más elocuente que hoy, cuando insistía una y otra vez sobre el tema de la caridad. ¿Habría leído recientemente las pláticas de san Agustín sobre la primera epístola de san Juan? Hubo un gran silencio a lo largo de los veintidós minutos que duró el discurso. Roger Schutz, prior de Taizé, ha puesto un telegrama al Santo Padre con este texto: “Es el discurso más profundo y más fuerte que jamás se haya oído bajo las bóvedas de San Pedro”*.

También en los escritos y discursos de Juan Pablo II, la caridad es uno de los temas clave. En la carta apostólica *“Ante el tercer milenio”*, proponía como tema de reflexión para el año 1999, *“Dios Padre”*. Y entre los subtemas, la caridad: *“Será oportuno, especialmente en este año, resaltar la virtud teológica de la caridad, recordando la sintética y plena afirmación de la primera carta de Juan: “Dios es amor” (4,8.16). La caridad, en su doble faceta de amor a Dios y a los hermanos, es la síntesis de la vida moral del creyente. Ella tiene en Dios su fuente y su meta”* (n. 50). Y en la primera carta de este siglo, escribe: *“Muchas cosas serán necesarias para el camino histórico de la Iglesia en este nuevo siglo; pero si faltara la caridad (“agape”), todo sería inútil”* (El nuevo milenio 42).

Si san Agustín viviera hoy, de seguro que le sobrarían razones para aconsejar la recuperación de la caridad, incluyendo el término, a juzgar por la frecuencia con que lo usaba. Pero, sobre todo, el contenido, ya que en sus

escritos se encuentran suficientes apartados para escribir un tratado completo sobre la caridad. Por ejemplo: la caridad en la Trinidad, Cristo Maestro de la caridad, caridad camino, caridad don, caridad unidad, valor de la caridad, caridad alimento, las dos alas de la caridad: amor a Dios y amor al prójimo, caridad vestido nupcial, caridad maestra de la humildad, hacerse “siervos de la caridad”, caridad anticipo del cielo, clases de caridad, etc.

Pero, sobre todo, justificaría la recuperación con su experiencia. Cuando llegaron a sus oídos las afirmaciones de Pelagio sobre la gracia, se dio cuenta que no se trataba de simples cuestiones académicas o de modas pasajeras. Pelagio sustituía los cimientos de la fe cristiana: ponía la autosuficiencia en lugar de la donación; en consecuencia, cambiaba el estilo de vida. El que proponía no estaba en armonía con el que Jesús había enseñado a sus discípulos. Por el contrario, el que proponía Agustín no separaba la caridad de la gracia, es decir, de la gratuidad. Por eso, cuando aquí hablamos de recuperar la caridad, nos referimos no sólo al término ni a la virtud teologal sino a la caridad tal como la entendía san Agustín, es decir, un modo de vivir la vida. Comentando el texto de san Pablo (*1 Corintios* 9, 24), dice el Obispo de Hipona: en la carrera de la vida no se da eso de que uno sólo recibe el premio. “Todos los que corren, corran con perseverancia, y todos recibirán el premio... En este certamen no toma parte la codicia, sino la caridad. Todos los que corren se aman, y este amor es la carrera” (*Comentarios a los Salmos* 39, 11). Es necesario, pues, recuperar la caridad, porque sin ella no hay carrera.

PARA EL DIÁLOGO

- ¿Crees que recuperar la caridad es posible, fácil, beneficioso, necesario?
- ¿Hay algunos signos de que la estamos recuperando?
- ¿Crees que los cristianos hemos llegado a descubrir el valor de la caridad?
- ¿El desánimo actual es consecuencia de la falta de caridad o amor?

IV. ASPECTOS A RESALTAR

De los muchos aspectos de la caridad, podríamos resaltar cuatro muy importantes en el mundo actual. El primero es el amor de Dios al hombre. El segundo, el amor del hombre a Dios y al prójimo. El tercero se refiere a la “caridad pastoral”. Y el cuarto, a la práctica de la caridad.

Nos proponemos exponer aquí los dos últimos con algunas de sus ramificaciones.

1. “CARIDAD PASTORAL”

Es necesario destacar este aspecto porque lo hace Juan Pablo II en la exhortación apostólica “*La formación de los sacerdotes*” (PDV = *Pastores Dabo Vobis*). La “caridad pastoral” es uno de los ejes de este documento, y siendo los sacerdotes los principales responsables directos de la formación religiosa de los fieles, se deduce que su importancia es grande.

Según indica el título, se refiere a los sacerdotes; pero muchas de las afirmaciones son aplicables también a los fieles, ya que, por el bautismo, todos estamos llamados a la santidad. Los sacerdotes lo están, además, por el sacramento del orden. Para confirmar estas afirmaciones, el documento cita la célebre frase de san Agustín: “Para vosotros soy obispo, con vosotros soy cristiano. Aquél es un nombre de oficio recibido, éste es un nombre de gracia; aquél es un nombre de peligro, éste de salvación” (*Sermón 340, 1*) (Id. 20).

El Papa hace muchas afirmaciones sobre la “caridad pastoral”, iluminándolas, puesto que se encuentra al principio como fundamento, con la doctrina agustiniana del “*amoris officium*”: “Sea oficio del amor apacentar la grey del Señor” (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan 123, 5*) (Id. 23, 24 y 40). Por ejemplo:

Jesucristo es el modelo. Su vida es “*una realización diaria de su “caridad pastoral”*. *Él siente compasión de las gentes, porque están cansadas... Él busca a las dispersas... Hace fiesta al encontrarlas...*” (Id. 22 y 72). Los presbíteros están “*llamados a imitar y revivir*” la misma caridad pastoral de Jesús (Id. 22, 26 y 40). Esta es definida como la “*prolongación de la misma caridad pastoral de Jesucristo*”. Y añade que es “*el principio interior, la virtud que anima y guía la vida espiritual del presbítero*” (Id. 23). Es “*el principio interior*”, es decir, que se trata del amor “primario” y “principal”, que además “anima” y “guía” su vida.

“*El contenido esencial de la caridad pastoral es la donación de sí, la total donación de sí a la Iglesia*” (Id. 23 y 49). “*La caridad pastoral... encuentra su expresión plena y su alimento supremo en la eucaristía*” (Id. 23). “*La relación entre la vida espiritual y el ejercicio del ministerio sacerdotal puede encontrar su explicación también a partir de la caridad pastoral... En su realidad objetiva el ministerio sacerdotal es “amoris officium”, según la ya citada expresión de san Agustín*” (Id. 24).

En consecuencia, la caridad pastoral exige a los sacerdotes, también a los diáconos y catequistas, “*el conocimiento amoroso y la familiaridad orante con la palabra de Dios*”. Estos requisitos son “*una condición imprescindible*” en el contexto de la “*nueva evangelización*”, a la que hoy la Iglesia está llamada. Han de leer y estudiar asiduamente la Escritura para no volverse, como dice san Agustín, “*predicadores vacíos de la palabra, que no la escuchan por dentro*” (*Sermón 179, 1*) (Id. 47).

En el apartado de la formación espiritual, que “*comporta también buscar a Cristo en los hombres*”, se lee: “*Por tanto, el sacerdote es el **hombre de la caridad**, y está llamado a educar a los demás en la imitación de Cristo y en el mandamiento nuevo del amor fraterno (cf. Juan 15, 12). Pero esto exige que él mismo se deje educar continuamente por el Espíritu en la caridad del Señor. En este sentido, la preparación del sacerdote tiene que incluir una seria formación de la caridad, en particular del amor preferencial por los “pobres”, en los cuales, mediante la fe, descubre la presencia de Jesús (cf. Mateo 25, 40) y el amor misericordioso por los pecadores*” (Id. 49).

Por último, con relación a la formación permanente, dice lo siguiente: “*Alma y forma de la formación permanente del sacerdote es la caridad pastoral: el Espíritu Santo, que infunde la caridad pastoral, inicia y acompaña al sacerdote a conocer cada vez más profundamente el misterio de Cristo... La*

misma caridad pastoral empuja al sacerdote a conocer cada vez más las esperanzas, necesidades, problemas... (Id. 70).

2. PRÁCTICA DE LA CARIDAD

Si *"Dios es caridad"*, es fácil comprender que la voluntad de Dios sea crear una sociedad fraterna universal, cuyo centro y ley principal sea la caridad.

2. 1 EL DIÁLOGO DE LA CARIDAD

En un mundo como el nuestro, pluralista y cada día más dividido, el diálogo se hace imprescindible. Ya en los documentos del Vaticano II se encuentran unos principios básicos. Por ejemplo: necesidad de conocer las causas de los errores y problemas, el amor a todos los hombres, la dignidad de la persona humana, la búsqueda de la verdad, la colaboración en la edificación de un mundo mejor, etc. *"Esto requiere necesariamente un prudente y sincero diálogo"* (*Constitución sobre la Iglesia en el mundo actual* 21). Y más adelante, invita al diálogo *"entre todos los que integran el único pueblo de Dios, tanto pastores como fieles. Los lazos de unión de los cristianos son mucho más fuertes que los motivos que dividen entre ellos. Haya unidad en lo necesario, libertad en lo dudoso, caridad en todo"* (Id. 92). De nuevo, el último objetivo: la caridad. También extiende la invitación a los hermanos separados y a todos los que creen en Dios; sin excluir a los no creyentes ni a los que se oponen a la Iglesia. *"Dios Padre es el principio y el fin de todos. Por ello, todos estamos llamados a ser hermanos. En consecuencia, con esta común vocación humana y divina, podemos y debemos cooperar, sin violencia, sin engaños, en verdadera paz, a la edificación del mundo"* (Ib.). En este apartado, san Agustín es un modelo, hablando de la "concordia fraterna" y de la "caridad paterna y materna" (*Réplica a la carta de Parmeniano* 3, 1, 3). Es necesario, dice, desterrar el error, no la verdad (*Sermón* 359, 5). En el diálogo intervienen la "solicitud de la caridad" y la "libertad de la amistad": "si con relación a este asunto dijera todo lo que tengo que decir, ¿dónde quedaría la solicitud de la caridad? Y si no lo digo, ¿dónde quedaría la libertad de la amistad?" (*Carta* 63, 1). El objetivo o deseo de Agustín era la unidad en la caridad. Hasta tal punto que estaba dispuesto a renunciar al episcopado por el bien de la unidad y de la paz (*Actas del debate con el donatista Emérito* 6).

En la actualidad, habría que destacar el diálogo dentro de la Iglesia, y de un modo especial entre las Órdenes y Congregaciones religiosas, por ser las personas consagradas *"un signo verdadero de Cristo en el mundo"*. En la exhortación apostólica *"La vida consagrada"*, Juan Pablo II, después de referirse a *"los numerosos problemas y urgencias"* que presenta el mundo actual, a la necesidad de *"elaborar y llevar a cabo nuevos proyectos de evangelización para las situaciones actuales"* y a la necesidad de *"confiar en Dios"*, escribe: *"Se ha de hacer todo en comunión y en diálogo con las otras instancias eclesiales... La experiencia de estos años confirma sobradamente que el diálogo es el nuevo nombre de la caridad, especialmente de la caridad eclesial; el diálogo ayuda a ver los problemas en sus dimensiones reales y permite abordarlos con mayores esperanzas de éxito. La vida consagrada, por el hecho de cultivar el valor de la vida fraterna, representa una privilegiada experiencia de diálogo"* (Id. 73 y 74).

Si en el documento *“La formación de los sacerdotes”* la expresión *“caridad pastoral”* resume todo lo referente a la vida de los presbíteros, en éste, se puede decir, que la expresión es *“amor oblativo”*: la vida consagrada es *“vida de amor oblativo, de concreto y generoso servicio”* (Id. 75). Está comentando el gesto de Jesús de lavar los pies a sus discípulos, del cual saca la aplicación del servicio que la vida religiosa hace a los más pobres y necesitados. Cristo, añade, continúa llamando *“a nuevos discípulos, hombres y mujeres, para comunicarles, mediante la efusión del Espíritu (cf. Romanos 5, 5), el “agape” divino, su modo de amar, apremiándolos a servir a los demás en la entrega humilde de sí mismos, lejos de cualquier cálculo interesado. A Pedro que extasiado ante la luz de la Transfiguración, exclama: “Señor, bueno es estarnos aquí” (Mateo 17, 4), le invita a volver a los caminos del mundo para continuar sirviendo el reino de Dios”*. Y sigue con un texto de san Agustín: *“Desciende, Pedro; tú que deseabas descansar en el monte, desciende y predica la Palabra... Trabaja, suda, padece algunos tormentos a fin de llegar, por el brillo y hermosura de las obras hechas en caridad, a poseer eso que simbolizan los blancos vestidos del Señor”* (Sermón 78, 6).

De una rápida lectura de estas dos exhortaciones apostólicas, se puede concluir que la primera prefiere el término *“caridad”*, mientras que la segunda prefiere el de *“amor”*. *“La vida consagrada refleja el esplendor del amor”*, y cita a san Agustín (Comentarios a los Salmos 44, 3) (*La vida consagrada* 24). Ésta *“no puede dejar de hacer visible la plenitud del evangelio del amor”* (Id. 52). Otra razón para mantener los dos términos.

2.2. EL TRATO DE CARIDAD

Hoy día es un aspecto muy apreciado por todos. De hecho, de las faltas que más se acusa la gente es de las *“faltas contra la caridad”*. Por eso y porque en la actualidad las actitudes se valoran más que los actos, merece una mención especial. El trato que se da a los demás es más importante que lo material que se da. Ser caritativo incluye en primer lugar tratar a los demás con caridad. Es uno de los apartados del himno a la caridad: *“La caridad no busca el propio interés, no se irrita, no se alegra en la injusticia, sino que se alegra del bien. Excusa siempre, cree siempre, espera siempre y tolera siempre”* (1 Corintios 13, 5-7). El concilio Vaticano II se hace eco de este aspecto en la siguiente recomendación: *“Los obispos traten (“abracen”) siempre con caridad especial a los sacerdotes... considerándolos como hijos y amigos”* (Decreto sobre el ministerio pastoral de los obispos 16).

De este trato afectuoso, san Agustín es un modelo. Repetidamente habla de que la caridad lo *“exige”* y que incluso hasta los animales lo practican. ¡Con qué afecto las madres se comportan con sus crías! (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan* 9, 1). Agustín no olvidó nunca su primer encuentro con el obispo Ambrosio, quien le recibió *“paternalmente”* (Confesiones 5, 13, 23). La Iglesia, dice, nos acoge siempre con entrañas de caridad (*Comentario literal al Génesis* 12, 28, 56)

2.3. OPCIÓN PREFERENCIAL POR LOS POBRES

Unido a la caridad, el Papa, en su carta apostólica *Ante el tercer milenio*, hace mención de este tema. Escribe lo siguiente: *“En este sentido, recordando*

que Jesús vino a “evangelizar a los pobres” (Mateo 11, 5; Lucas 7, 22), ¿cómo no subrayar más decididamente la opción preferencial por los pobres y marginados?” (n. 51). Efectivamente, hoy es un tema que hay que subrayar, porque la gente es más sensible a las “intolerables desigualdades sociales y económicas” que existen, al deseo de justicia y de paz “en un mundo como el nuestro, marcado por tantos conflictos” y por la lectura más frecuente del evangelio. Hoy no es posible leer el evangelio con humildad y quedarse impasibles ante la realidad.

La Iglesia, desde su origen, se ha preocupado siempre por los pobres, como se puede constatar en los *Hechos de los apóstoles*. “La opción por los pobres es inherente a la dinámica misma del amor vivido según Cristo. A ella están pues obligados todos los discípulos de Cristo” (*La vida consagrada* 82). Y en un contexto agustiniano, continúa el Papa: “El evangelio se hace operante mediante la caridad, que es la gloria de la Iglesia y signo de su fidelidad al Señor”. Lo que quizá en las últimas décadas llame más la atención sea el modo de formular esa preocupación. Al principio, la expresión “opción preferencial por los pobres” no estuvo exenta de problemas.

El primero que comenzó a hablar de “Iglesia de los pobres” fue propiamente Juan XXIII. Según algunos testimonios, esta forma de hablar no gustó a algunos de la Iglesia, concretamente profesores de Eclesiología (cf. José M. Castillo, *Cuadernos*, ed. Cristianisme i Justícia, n. 88, p. 11). Todavía la enciclopedia “*Sacramentum Mundi*”, una obra tan valiosa, habla de los “*peligros*” que encierra la expresión “Iglesia de los pobres” (vol. V, p. 483).

En la actualidad, las aguas se han serenado, porque Juan Pablo II ha hecho suya dicha expresión. Son muchas las veces que la ha usado, lo que ha contribuido a encauzar la corriente y a profundizar en el tema. Es más, la doctrina básica sobre este tema se encuentra recogida en el *Catecismo de la Iglesia Católica* (nn. 2443-2449). Dice por ejemplo: “El amor de la Iglesia por los pobres...pertenece a su constante tradición. Está inspirado en el Evangelio de las bienaventuranzas... El amor a los pobres es también uno de los motivos del deber de trabajar, con el fin de “hacer partícipe al que se halla en necesidad” (Efesios 4, 28). No abarca sólo la pobreza material, sino también las numerosas formas de pobreza cultural y religiosa” (n. 2444). “Los oprimidos por la miseria son objeto de un amor de preferencia por parte de la Iglesia...” (n. 2448). Y cita algunos testimonios de los Santos Padres: “Cuando damos a los pobres las cosas indispensables no les hacemos liberalidades personales, sino que les devolvemos lo que es suyo” (San Gregorio Magno). “No hacer participar a los pobres de los propios bienes es robarles y quitarles la vida” (San Juan Crisóstomo).

En este apartado, el *Catecismo* no cita a san Agustín; pero todos los estudiosos saben que tiene afirmaciones parecidas. Una muy importante sobre el ideal: “No debemos desear que existan los necesitados para poder practicar con ellos las obras de misericordia” (*Tratado sobre la primera Carta de San Juan* 8, 5). Pero los necesitados existen y tenemos obligación de ayudarlos. De ahí las afirmaciones que no admiten excusas: “Si tienes el corazón lleno de caridad, siempre tienes algo para dar” (*Comentarios a los Salmos* 36, 2, 13). “Las cosas superfluas de los ricos son las necesarias de los pobres. Cuando se posee algo superfluo, se posee algo ajeno” (*Id.* 147, 12). “¿Hay algo más perverso que querer enriquecerse a costa de la pobreza ajena? Y, sin embargo, es algo frecuente” (*Sermón* 359, 2). En

este tema la práctica cuenta más que las palabras (*Tratado sobre la Primera Carta de San Juan* 10, 7). Escribe su primer biógrafo, que Agustín llegó a fundir los vasos sagrados para socorrer a los pobres (*Vida de san Agustín escrita por san Posidio* 24).

En los primeros siglos, los cristianos tenían muy en cuenta este apartado del evangelio. En la “*Didascalia*” o “Doctrina de los Apóstoles” (una constitución eclesiástica compuesta en la primera mitad del siglo III) se lee que cuando la comunidad está en la celebración litúrgica si entra algún pobre y no quedan asientos libres, que el obispo le ceda el suyo. Es una afirmación que concuerda con lo del apóstol Santiago: “*No juntéis la fe en Nuestro Señor Jesucristo glorioso con la acepción de personas. Por ejemplo: Llegan dos hombres a la reunión litúrgica. Uno va bien vestido y le decís: Por favor, siéntate aquí, en el puesto reservado. Al otro, en cambio: Estate ahí de pie o siéntate en el suelo. Si hacéis eso, ¿no sois inconsecuentes y juzgáis con criterios malos? Queridos hermanos, escuchad: ¿Acaso no ha elegido Dios a los pobres del mundo para hacerlos ricos en la fe y herederos del reino, que prometió a los que aman? Vosotros, en cambio, habéis afrentado al pobre. Y sin embargo, ¿no son los ricos los que os tratan con despotismo y los que os arrastran a los tribunales? ¿No son ellos los que denigran ese nombre tan hermoso que lleváis como apellido?*” (*Santiago* 2, 1-7).

En la actualidad, el problema no es de doctrina, sino de incoherencia. Hay muchos cristianos que viven la caridad a estilo de Jesús. Pero la mayoría, en el mejor de los casos, se contenta con “dar limosna”. Y esto, a veces, constituye otro problema, porque la limosna alivia las necesidades, pero alarga las situaciones. Sólo el amor, a estilo de Jesús es capaz de acabar con toda clase de pobreza, porque sólo el amor tiene la fuerza necesaria para erradicar las causas que las producen: egoísmo, codicia, afán de poder, etc. En este caso, habría que distinguir entre “compartir” y “dar limosna”, tratar al pobre como “sujeto” y no como “objeto”. El evangelio nos pide que hagamos lo primero. Y la Iglesia también: “*Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo*” (*Constitución sobre la Iglesia en el mundo actual* 1).

El título de este cuaderno hace alusión a las parábolas del “tesoro escondido” y de la “perla preciosa” (*Mateo* 13, 44-46). En la interpretación, los estudiosos resaltan, entre otras cosas: el valor del Reino, de la gracia y de Cristo; el hecho de que vale la pena cualquier esfuerzo e incluso hasta vender todo lo que uno posee para adquirirlo; que este cambio o nueva posesión es fuente de alegría; en otras palabras, que Cristo es lo más valioso en la vida y pide a sus seguidores que lo hagan todo por él, con él y en él.

Pero estas parábolas se pueden entender también como profecía. En ellas no se dice lo que los nuevos dueños hicieron con el tesoro y la perla. San Agustín afirma que la “perla preciosa” es la caridad (*Sermón* 212, 1) y llama “avaro” al comprador del tesoro (*Sermón* 50, 9). Éste es dueño de un tesoro, pero en realidad es más pobre que antes, porque ha vendido todo lo que poseía. Tiene un tesoro, pero escondido. Ni siquiera puede regocijarse contemplándolo. No lo ha puesto a producir, no lo comparte. Por eso, la segunda situación de este hombre es peor que la primera. ¿No nos estará sucediendo algo parecido con la caridad, porque no la estamos valorando, ni

haciendo producir, ni compartiendo? Somos “ricos”. Pero ¿de qué nos sirve la riqueza si no disfrutamos de ella?

PARA EL DIÁLOGO

- Según algunos autores, una de las cuestiones más urgentes que tiene la Iglesia hoy día es la de los pobres. ¿Estás de acuerdo? ¿Por qué?
- Entendiendo la “*opción preferencial por los pobres*” dentro de la caridad o amor, ¿qué más nos exigiría?
- El evangelio de san Lucas es llamado “*Evangelio de la misericordia*”, “*Evangelio de los pobres*”. ¿Lo has leído fijándote en esta faceta?

PARA ORAR CON SAN AGUSTÍN

ORACIÓN POR LOS POBRES

¡Oh Dios misericordioso!
Que nos acordemos de los pobres,
de vestir a Cristo desnudo.
Mientras se leía el evangelio
hemos considerado dichoso a Zaqueo,
porque Cristo le miró
y se hospedó en su casa.
Nosotros, reviviendo la escena,
nos hemos sentido Zaqueo
y hemos recibido también a Cristo.
¡Oh Cristo, que estás en el cielo!
léenos en voz alta el Testamento Nuevo
y haznos dichosos con tu mandamiento
para que podamos gozar de tu presencia.
Que escuchemos tu voz ahora,
antes de ser juzgados:
*“Cuando lo hicisteis a uno de mis pequeños,
a mí me lo hicisteis”.*
Cada uno de nosotros espera recibir a Cristo
sentado en el cielo.
Prestémosle atención aquí,
que yace en la calle,
tiene hambre y pasa frío,
es pobre y peregrino.
Que crezca nuestro conocimiento
de la Palabra de Dios;
y que crezcan también las buenas obras.
Que no sólo alabemos la semilla,
sino que mostremos también la cosecha
(*Sermón 25, 8*)